

ALFAGUARA


Josefina Aldecoa

Madrid, otoño, sábado

Índice

A NINGUNA PARTE (1961)

El niño y los toros	11
El indiano	17
Voces amigas	21
Zona verde	27
Secano	33
El cuarto oscuro	41
A ninguna parte	47
Transbordo en Sol	51
El puente roto	57
Los viejos domingos	109

CUENTO PARA SUSANA (1988)	145
---------------------------	-----

EL MEJOR (1998)	165
-----------------	-----

FIEBRE (2000)

Fiebre	177
Espejismos	183
El desafío	191
No, mamá	195
El juez	199
La rebelión	207
Por última vez	211
Hermanos	219
La espera	227

¿Te acuerdas?	231
Happy end	239
Madrid, otoño, sábado	251

Madrid, otoño, sábado

Como todos los sábados, la angustia del despertar apareció con la luz que se filtraba por las rendijas de la ventana entreabierta. Se levantó de un salto y dejó caer bruscamente la persiana. Corrió las cortinas hasta juntar sus bordes y la penumbra se adueñó de la habitación. Julia cerró los ojos y trató de dormir. «Es sábado», se dijo. Y se ordenó a sí misma no pensar, no recordar, no dejarse asaltar por las preocupaciones habituales de la semana. Horarios, citas, llamadas, informaciones parciales que eran sustituidas por otras a ritmo acelerado. Proyectos, problemas. «Es sábado y tengo que desconectar. No me puedo permitir el lujo de adelantar los acontecimientos previstos para el lunes. Ni para el martes... El martes: la conferencia... La conferencia, imposible dormir.» Se incorporó en la cama y encendió la luz. «Puedo echar una mirada a la conferencia, sólo para leerla y marcar las pausas, subrayar en rojo las palabras clave... Por la tarde contestaré las cartas más urgentes y así tendré libre el domingo...»

Descorrió las cortinas y pegó la frente al cristal. Como en el cuadro de un pintor inglés, el Jardín Botánico se extendía, abajo, envuelto en una neblina tenue cuya transparencia permitía adivinar las copas de los árboles. Horas más tarde, cuando el sol de otoño brillara en el cielo de Madrid, el Jardín exhibiría su tesoro de hojas secas, transformadas en ricos tejidos: gasas amarillas, terciopelos tostados, rasos dorados, lanas rojizas atravesadas por nervios grises. La frágil atadura de las hojas cedía a la embestida del viento o de la lluvia. Por la mañana, algunos días, aparecían alrededor del tronco, en montones desiguales que llegaban

hasta los paseos de tierra. En primavera las hojas verdes, aferradas al tallo con garfios invisibles, resistían enhiestas la violencia de los temporales. Pero éstas, hermosas, decadentes, caían al suelo, fatigadas, conscientes de la extinción de su ciclo vital. Revoloteaban un instante alrededor del árbol y construían en su torno arabescos indescifrables...

Julia se dirigió al salón y abrió la puerta de la terraza. Contempló el espectáculo otoñal y escuchó el pjar de los pájaros, oscurecido apenas por el ruido de los escasos coches que circulaban a esa hora del sábado por el paseo del Prado. «Éste es el lugar que quería alcanzar. Este ático elevado sobre el Botánico, este lujo vegetal que cambia con las estaciones», suspiró Julia.

Al entrar en la cocina encendió la luz y vio la bandeja sobre la mesa, ordenada y perfecta, con todo lo necesario para preparar en un momento el desayuno. Cada sábado, María lo dejaba todo dispuesto la noche anterior, antes de retirarse a su casa. El confort que ella cultivaba cuidadosa, a lo largo de la semana, el orden, la armonía de los objetos, la ropa organizada en los armarios, permitían a Julia disfrutar del fin de semana en soledad, sin la contrapartida del trabajo doméstico. El desayuno, el periódico depositado desde primera hora en el buzón y silenciosamente conducido hasta su apartamento por el portero, inauguraba un día suyo, sin prisas ni cansancios. Un día para el goce de la elección entre sus tentaciones semanales: exposiciones, una compra. A primera hora de la tarde una película recién estrenada. Y el regreso a casa temprano para leer, escuchar música, descansar. Hacía tiempo que había decidido reservar para sí misma los días de fiesta. Durante la semana asistía a una conferencia, un cóctel, veía a la gente que le interesaba, concertaba un almuerzo interesante y un par de cenas de amistad. Su vida transcurría así equilibrada entre el trabajo, la vida social y periodos de aislamiento absolutamente necesarios.

A veces las horas de soledad encerraban peligros. Eran horas libres, vacías de estímulos externos, de exigencias inevitables por parte de los demás. Pero también horas terribles a veces, cuando la nostalgia de otro tiempo o la asociación repentina de una anécdota insignificante con un recuerdo significativo desataba una tormenta en el universo controlado de Julia.

Ahora mismo, al levantar la mirada de su mesa de trabajo instalada bajo la ventana, y deslizarla sobre el Jardín, brillante ya a las doce del día, se detuvo un instante en la placita por la que circulaban turistas, gentes desocupadas del sábado que vagaban sin rumbo claro en torno al Museo del Prado o caminaban hacia arriba, hacia una de las puertas del Retiro cercano. Una pareja con un cochecito de niño trataba de entrar en el Jardín. La madre sacó al niño del coche mientras el padre se dirigía a la taquilla de las entradas y desaparecía. La visión de la mujer sola con un bebé en brazos despertó en Julia un aluvión de recuerdos hundidos casi siempre en el fondo de la memoria. La infancia de Bernal, sus paseos solitarios con el niño durante aquel primer año interminable. Entonces vivían lejos de allí, en un barrio nuevo y alegre, en una calle tranquila, con aceras amplias bordeadas por una fila de plátanos que protegían del sol del verano. Porque Bernal había nacido en junio y sus primeros meses habían transcurrido en aquellas aceras, calle arriba y calle abajo. En cuanto se dormía, Julia se sentaba en la terraza de un bar e intentaba leer durante el momentáneo descanso. Recordaba aquel primer año como un largo paseo a través de una nebulosa. Día y noche se entremezclaban y su cabeza estaba totalmente ocupada con los biberones, los paseos, la hora del baño, la hora de dormir al niño... Al final del día el cansancio era infinito. Como si hubiera subido a una montaña o regresara de un largo viaje. Era un cansancio acumulado durante el embarazo, el parto y aquellos primeros meses de sueño interrumpido

constantemente. Era un cansancio diferente a todos los cansancios anteriores. Aquel año había sido una especie de año sonámbulo con una permanente sensación limbática, como si la unión con el niño fuera una prolongación de la etapa prenatal, cuando la somnolencia era la característica de nueve meses de espera. Un año. Luego Julia había vuelto al trabajo. El hallazgo de Ramona, aquella chica deliciosa que venía todo el día y cuidaba a Bernal con verdadero cariño, había sido su salvación...

El niño era ya un hombre joven y estaba lejos. Atrás quedaban los días luminosos de su infancia cuando los tres, Diego y Bernal y ella, reían y jugaban en las horas robadas al trabajo y en los fines de semana libres de ocupaciones...

De algún modo, la intromisión de la época recordada oscureció la mañana del sábado. «Mejor olvidarlo todo trabajando», se aconsejó Julia. Y apenas se concentraba en los papeles, extendidos en la mesa, sonó el teléfono, y ella preguntó un poco contrariada: «¿Quién es?», y una voz conocida preguntó a su vez: «¿Julia? Soy Cecilia...».

—Qué alegría oírte, Cecilia —dijo Julia. Lo dijo con demasiado entusiasmo para contrarrestar la primera reserva, el frío, el rechazo inicial ante la intrusión de un ser ajeno a la intimidad del sábado.

—Estoy aquí en Madrid y muy cerca de ti. Estoy en el Palace... —dijo Cecilia.

Y Julia no pudo evitar la pregunta:

—Pero ¿qué haces aquí?

—Ya te contaré... Si estás libre podríamos vernos después del almuerzo. Antes, imposible...

—¿Qué te ha parecido mi secreto? —preguntó Cecilia—. ¿Me imaginabas teniendo una aventura?

Julia dudó un momento antes de contestar. Quiso evitar el «No» y dijo:

—¿Tú ves algún porvenir a esa aventura?

—¿Porvenir, Julia? —Cecilia sonrió y luego se puso seria—. No pensarás que nos queda mucho porvenir. Eso era antes, hace mucho tiempo. Yo creo que en la infancia, cuando nuestras madres nos hablaban insistentemente del día de mañana... Y todo había que referirlo a ese misterioso día que se perdía en el horizonte. No se podía hacer nada sin pensar en las consecuencias que nuestros actos tendrían en ese mañana lejano...

Las dos guardaron silencio. Julia reaccionó y dijo:

—Cuéntame más detalles. Porque me has explicado quién es el personaje y sí, recuerdo a aquel chico que te gustaba antes que Matías. Y recuerdo sobre todo lo que tú le gustabas a él. La prueba es que tú elegiste a otro. Porque ¿qué día de mañana te esperaba con aquel chiquito un poco soso que quería estudiar medicina? Y tú decías: «Para meterme en un pueblo, no. Yo no quiero ni imaginarlo...».

—Bueno, pues verás. Un día leí en el periódico, en la sección de actos importantes, que en Madrid había dado una conferencia el doctor Javier Valverde Díaz, recién llegado de Estados Unidos, donde trabaja en un hospital famoso... Me quedé estupefacta. ¿De modo que yo me había equivocado? Y entre el modesto hijo de un veterinario desconocido y el rico y señorito Matías había elegido mal. Ahora era Matías el que vivía en el campo y mi pobre estudiante de medicina era un personaje en América... Bueno, te puedes imaginar que todo habría quedado así de no ser por el disgusto infinito en que vivo desde lo de Matías. Desde que se fue con la niña aquella amiga de mi hija. Ya, ya sé que te acuerdas... Y que sigue con ella instalado en una finca a cincuenta kilómetros de casa... Viajando lo que quiere, vistiendo de locura... Matías viene una vez al mes a casa, me pide cuentas y me da dinero. Se interesa por los hijos, que fíjate el interés. Cuando nos dejó todavía no se había casado el pequeño... Yo lo he pasado muy mal, Julia. Y encima con aquella educación que nos dieron. Que tú la olvidaste pronto, pero yo... Casada tan joven y encerrada allí con aquel

patriarca del siglo diecinueve... Pero mira cómo él se espabiló. Esa moda moderna de los segundos matrimonios, la asimiló pronto. Porque nuestros padres podían tener una querida pero abandonaban rara vez a la legítima...

—Ya... Pero dime cómo te las arreglaste para contactar con Javier...

—Pues muy sencillo. Por teléfono. Me dediqué a llamar a cuatro o cinco hoteles buenos de Madrid y enseguida di con él. Yo sabía que no vivía aquí por el periódico, ya que venía a dar las conferencias desde Estados Unidos... No sabes qué emoción. Se quedó sin habla. Luego me hizo mil preguntas sobre mi vida. Y yo sobre la suya. Él está divorciado de una americana... Enseguida hablamos de la posibilidad de vernos. Yo le mentí y le dije que casualmente iba a venir a Madrid a un asunto de familia. Y me vine... Entonces no te llamé, claro. Eso fue hace dos meses y medio. Desde esa fecha Javier ha venido a Europa dos veces y las dos nos hemos encontrado. Y este fin de semana es la tercera... «Breve encuentro en Madrid», podría titularse mi historia...

Cecilia, Cecilia... Siempre anclada en una adolescencia sin resolver, en una independencia imposible. Y a estas alturas ese cambio de actitud, a pesar de los prejuicios familiares que habían sido su auténtica guía... Una adolescencia que transcurrió sin haber «matado» a tiempo al padre, a la madre y al novio de toda la vida...

Cecilia había vuelto a hablar. Estaba preguntando.

—¿Y tú?

Julia reaccionó.

—¿Yo? ¿De aventuras, quieres decir?... Pues mira, yo he llegado a un punto en que todos los amigos están entregados a sus profesiones apasionadamente. Es el momento culminante. Los cuarenta y siete, los cuarenta y ocho años. Estamos todos rondando los cincuenta... Por cierto, tú también. Y yo ¿qué quieres que te cuente? La soledad de cada día. Y la paz. Han quedado atrás los sueños, las esperanzas, los deseos. Tengo a mi hijo. Lejos pero lo tengo.

Voy a verle a Londres de vez en cuando. Él viene a veces aquí. Nos llamamos por teléfono. Tenemos buena relación con Diego los dos... Y Diego sigue con su nomadismo de siempre, de acá para allá, separado de su segunda mujer y su segundo hijo. Me imagino que tiene aventuras pasajeras... Y a mí me gusta mi trabajo, lo cual es una suerte. Entre la facultad y el Consejo y las mil y una asociaciones en que me implico... Profesionales unas, otras desinteresadas. También escribo artículos y algún libro... Y me gusta vivir en Madrid.

Tras un breve silencio, Julia sintió la necesidad de continuar.

—Cuando yo vine a estudiar aquí, Madrid fue para mí la libertad, ir y venir, entrar y salir, de día y de noche, con unos y con otros... Incluso al principio, cuando la libertad real estaba todavía lejos, incluso entonces Madrid era la libertad. La gran ciudad es difícil de abarcar por los espías morales. Y los políticos, claro... Y ahora estoy feliz en esta nueva casa. He encontrado el paisaje que quería: un trozo de naturaleza en el centro de la ciudad. Yo no sé si busco las sensaciones de la infancia en aquel pueblo de mis abuelos, que tú tan bien conoces...

Cecilia no hablaba. Escuchaba a Julia y miraba hacia abajo, hacia los dorados, los rojos y los verdes secos del Jardín que empezaban a apagarse con el anuncio del ocaso. Julia dejó de hablar y estuvo un tiempo pensativa, aparentemente ausente. Fue sólo un momento. Se levantó de golpe y dijo:

—Vámonos a tomar una copa a un bar estupendo, cerca de aquí. Antes de que llegue la noche. Te digo de los madrileños lo que Dorothy Parker decía de los neoyorquinos: «Tal como sólo los madrileños saben, si uno logra pasar el crepúsculo podrá sobrevivir toda la noche».